

# ANTONIO GALA



*El manuscrito  
carmesí*

Antonio Gala



El manuscrito carmesí

Premio Planeta 1990

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Antonio Gala, 1990

© Fundación Antonio Gala, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 14.905-2023

ISBN: 978-84-08-27663-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

---

A SALVO EN EL JARDÍN

Mi nombre y tú ya estáis  
a salvo en el jardín:  
fuera del tiempo, su maleficio no os perturbará.

BOABDIL

De lo poco que aprendo en la madraza, fundada por mi antecesor Yusuf I, y de los encanecidos maestros, fríos y desdenosos con los jóvenes, una sola cosa es la base de todas las demás: no somos libres. Nuestro destino se nos adjudica al nacer; se nos entrega, igual que la tablilla en que estudiamos de niños las primeras letras y sus combinaciones. Puede borrarse lo que en ella dibujamos, pero la tablilla permanece imperturbable; luego, cuando aprendamos a escribir y a leer, se nos regalará como recuerdo, y la conservaremos, enternecidos y altaneros, toda la vida. El texto de nuestro destino está desde el principio escrito; lo único que podemos hacer, si somos bastante osados, es transcribirlo con nuestra mano y nuestra letra, es decir, aportar la caligrafía que alguien nos enseñó.

Yo de mí puedo jurar que jamás he elegido. Sólo lo secundario o lo accesorio: una comida, un color, la manera de pasar una tarde. La libertad no existe. Representamos un papel ya

inventado y concreto, al que nunca añadimos nada que sorprenda esencialmente al resto de los representantes. En mí nadie se fijaría si no fuese el primogénito de Abul Hasán, rey de Granada. Aquí lo primero que aprende un príncipe a decir —antes aún que «padre» o «madre»— es «no abdicaré», para saberlo repetir con naturalidad desde el día de su coronación. A pesar de eso, nunca se está seguro de que la abdicación no se producirá, aun en el caso de que la coronación sí se produzca.

Somos distintos unos de otros, y eso nos induce a creer que somos libres; pero estamos prefigurados de antemano: nuestras determinaciones dimanar de nuestros jugos gástricos y de nuestros razonamientos, o sea, de nuestro estómago y de nuestro cerebro, que son intransformables. Nos parece, por ejemplo, que elegimos a la persona amada; no es cierto: sólo dos o tres posibilidades nos son —y apenas— ofrecidas. No la elegimos: nos resignamos a ella; nuestro sexo, que con el estómago y la cabeza nos perfila, es otro portavoz. El destino es quien manda; por eso respeto y comprendo a quienes lo cumplen sin rebelarse. Ellos son los que están más próximos a alcanzar la felicidad, si existe, que no creo: quienes se desenvuelven y se acaban en el lugar y en la dirección en que nacieron. Pero no comprendo ni respeto a quienes se rebelan. Pienso en Almanzor, el suplantador de los omeyas, que —con la ambición del que quiere reinar sin haber nacido en las gradas del trono, con su desastrosa ambición de rábula que no repara en barras— trastornó las páginas del libro de su vida al probar a los súbditos que contra el poder cabe el desprecio. Está escrito el destino: la dificultad reside en saberlo leer. Hay quienes, mientras aspiran a superar el suyo, son sólo el arma del de los otros: se erigen en dueños del azar, y, a fuerza de combatir desde su vulgar sino, se transforman en los apoderados del ajeno, y juegan al ajedrez en nombre de la Historia,

derrocándolo todo, pieza a pieza, hasta inundar de sangre los tableros. Qué irreversible consternación para un hombre comprobar, al final, a la entrada de su Medinaceli, que, cuando resolvía en aparente libertad, estaba siendo utilizado. Porque nadie sobrevive a la tarea para la que nació: todo fue enrasado y medido previamente. Cumplida su misión, solo ya el poderoso sobre el tablero que fue desalojando, el destino —su destino esta vez— le lanza el jaque mate. La vida es una inapelable partida en la que todos los jugadores acaban por perder...

El discurso anterior era demasiado juvenil. Hoy me parece tópico y pedante; pero fue lo que estrenó estos papeles. Antes de que lo terminara, mi madre me llamó a sus habitaciones. Entraba la mañana por el ajimez como una llamarada, y encharcaba de oro el pavimento. Miraba yo, distraído de su plática, las dos clases de losas. En la primera, una figura femenina se enfrenta a otra masculina, con unos escudos entre ellas; visten trajes cristianos: él, calzas altas; ella, unas mangas ajustadas más oscuras bajo otras amplias claras, y el largo pelo partido en dos y unido en una trenza; el dibujo es azul, en varios tonos. En el otro modelo también se enfrentan, y también con distintos azules, un ciervo y un caballo, esbeltos y rampantes...

Mi madre acaba de trasladarse a la Alhambra desde su palacio del Albayzín, donde se había retirado, en señal de disgusto, cuando el rey comenzó sus relaciones con Soraya. Pero, al ver aumentar el poder de ésta, ha creído prudente recuperar su sitio de sultana y sus habitaciones oficiales.

Yo la escuchaba con los ojos en el suelo, sin prestarle demasiada atención. Suponía que se trataba de algo que yo ha-

bía hecho mal, o de algún proyecto político de los que no me apasionan: era para lo único que mi madre podía convocarme. No obstante, percibí en sus palabras un tono nuevo, dulcificado, muy insólito en ella. La miré. Reclinada, no me miraba a mí, sino un paño bordado que, entre las manos, doblaba y desdoblaba. Había ordenado retirarse a todas sus sirvientas, y, sorprendentemente, nos hallábamos solos. Cuando me decidí a atender, llevaba hablando un rato. Yo estoy acostumbrado a oír a rachas sus peroratas, en las que da rodeos interminables, y aborda los temas desde un lejano principio que sólo ella relaciona con el final. Se refiere, por ejemplo, a su primo el rey Mohamed X, o a su padre Mohamed IX, antes de comunicar a quien sea que es necesario hacer obras en la planta de arriba, o modificar el trazado de un jardín, o celebrar la Fiesta de los Sacrificios de este año con especial suntuosidad.

Su monólogo estaba en marcha. Yo puse los ojos en la delicada figura masculina de la solería, que tenía junto a mi pie derecho.

—Si lo que fragua tu padre es atentar contra mis privilegios en favor de una esclava cristiana, le pararé los pies. Soy reina por los cuatro costados. No dependo de él ni por mi sangre, ni por mi economía, ni por mi inteligencia. Soy una mujer horra en todos los sentidos. No necesito nada; pero, puesto que tú has sido designado heredero, quiero contar contigo. Y te advierto que las trapacerías de Isabel de Solís te alcanzan tanto a ti como a mí.

Ella nunca la llama Soraya porque opina que su conversión [en lo cual acertaba] es una táctica.

—No olvides que tu padre tiene tres hijos de ella. Y que, aunque sean más jóvenes que tú, o precisamente por serlo, los preferirá. El poder de la lujuria (tú aún no lo sabes, aunque también de eso quiero hablarte) es muy grande.

Yo, sin comprender muy bien, trasladé mi mirada a la figura femenina del azulejo. Ya estaba hecho a lo sorprendente de los monólogos maternos.

—Y el de la vanidad. Tu padre, siempre engreído, nombrará heredero, aunque sea volviendo sobre sus actos, a alguien más joven, como si eso le asegurara una más larga vida. Así se verá menos acuciado a dejarle el trono a nadie; ya sabes qué poco partidaria es Granada de los sultanes niños, y cuánto daño le ha venido por ellos.

Ignoraba adónde conduciría tal conversación. El trayecto era habitual. No valía la pena que hubiese interrumpido mis ejercicios para eso: ni los de equitación, según ella creía, ni los de poesía, por los que los había sustituido esa mañana, que me gustaban más.

—Yo tengo que defender mi fortuna; tengo que defender mis derechos, y, por desgracia, ya que tú no lo haces, tengo que defender los tuyos. Eres mi prolongación y, dado el cariz de los acontecimientos, mi único medio de seguir en el trono, si hablamos claramente. Quizá con otro hijo me habría ido mejor... Mírame cuando te hablo, Boabdil.

Lo hice. Levanté los ojos desde el ciervo azul, ahogado en el remanso de sol; pero ella tampoco me miraba. Fue entonces cuando levantó sus ojos. Son espléndidos. Lo único espléndido que hay en su rostro no hermoso: oscuro, demasiado largo, con un ligero bozo sobre el labio superior; un rostro adusto y poco grato. Se puso de pie sin darme tiempo a ayudarla. Ahora estábamos muy cerca y frente a frente. Continuó:

—Sin embargo, no tengo más hijos que Yusuf y tú, y tú eres el mayor, qué le vamos a hacer. Es hora de casarte —añadió de repente.

Percibí en su mirada la alarma que ella debió de percibir en la mía. Me puse, en efecto, tenso como quien acusa una amenaza, o una llamada brusca o en exceso sonora.

—He llegado a la conclusión de que ninguna de tus primas nos conviene. Seguir mezclando sangres en una familia como la nuestra es arriesgarse a tener descendientes aún más débiles que tú. Ya ves cómo nació tu hermano —se refería a la mano inválida de Yusuf; fui a protestar, pero me interrumpió con un gesto irrefutable—. Déjame proseguir. Por añadidura, una esposa de sangre nazarí metería en casa la ocasión y el peligro. No quiero que se susciten pretensiones al trono en contra de la tuya, ni que nadie se haga ilusiones de gobernar a tu través. Las ramas familiares deben quedarse en donde están. Bastante tenemos con la pasión de mando de los abencerrajes y con los disturbios de los Voluntarios de la Fe (estoy convencida de que la única fe que tienen es en ellos mismos y en su propia fuerza). Ya ves que trato el tema sin rodeos. No sé, ni me importa, cuáles hayan sido tus escarceos amorosos, aunque tengo noticias contradictorias, no todas de mi agrado. —Ahora sí me miraba—. Tampoco eso va a pesar en contra ni a favor de lo que voy a proponerte. (Y digo proponerte por emplear una palabra amable). Espero que mi elección de esposa te parezca plausible.

Fui a interrumpirla, pero me interrumpió ella a mí.

—Tu prima Jadicha sería la última que querría a tu lado. Primero, porque no estoy segura de que no sea un muchacho —continuaba mirándome—. Y, si es una mujer, porque es de las que, para que el mundo entero sepa que son libres, le restringen su libertad por la cara a todo el que se encuentran. Es excéntrica, llamativa y necia. Ninguna mujer inteligente desafía a nadie si no es imprescindible. Me recuerda a aquella princesa Walada de los omeya: mucha estola blanca con versos de amor bordados en negro, mucha estola negra con versos de amor bordados en blanco; pero ni le sirvieron de nada, ni la acercaron un ápice a su meta. Tu prima Jadicha se tiñe el pelo de verde, y tiñe del mismo verde el pelo del caballo que monta: un despilfarro y una estupidez. Acabará por quedarse calva y por dejar

calvo al caballo, lo que sería peor. Y todo para pasear y trotar por el Generalife. Tales excesos me parecerían bien en el alcázar de Segovia, por ejemplo, para reírse de los cristianos, tan torvos y tan pusilánimes; pero, para andar por una huerta, sólo son ganas de llamar la atención.

Yo iba, en efecto, a referirme a mi prima Jadicha, de la que creía estar enamorado. Quedaba claro que mi madre, a pesar de ser mandona y distante, sabe todo de todos.

—El Alcaide Mayor de la Alhambra es un hombre que empezó de la nada; menos que de la nada: vendía especias en el zoco de Loja. Es valiente, fuerte, leal y viejo; uno de los dos brazos de tu padre. Mi intención no sólo es que deje de apoyarlo, sino que te apoye a ti. Los granadinos lo veneran; forma parte de los escasos indiscutibles de este Reino. Después de los sucesos más recientes, me atrevo a decir que es más indiscutible que yo y que tú. Si se lo arrebatamos, cuanto tu padre pierda tú lo ganas (o nosotros, si quieres) haciendo lo que yo he planeado.

Por fin iba a oír el resumen.

—Tiene una hija muy guapa. Se llama Moraima. La he tratado estos días. Puede darte hijos con rapidez y sin melindres. No tiene sangre real, pero tiene sangre en las venas, y de eso no andamos muy sobrados. A Aliatar le complacerá entroncar con la estirpe de los beni nazar, y se pondrá de parte de quien pueda otorgarle un nieto sultán. Es el mejor general con que cuenta el Reino, y te asesorará sin que tengas la duda de con qué fin lo hace, o de si rematará su buena carrera de especiero destronándote y sustituyéndote. Como carece de imaginación, le satisfará más ver a su hija en el trono por las buenas que sentarse él mismo mediante un alzamiento. Sé que, si yo te dejara, me dirías que tienes poca afición a gobernar, y que tus anhelos se limitan a mirar el paisaje, beber un poco de vino, y escribir lo que el vino y el paisaje te dicten; pero me temo que no hayas nacido para escribir al dictado, hijo mío, a no ser

que quien te dicte sea yo. Una vez instalado en el trono, si deseas descansar en mi experiencia, te estará permitido seguir la vocación que crees tener; entretanto, no. Ya estudiarás después; ya escribirás después. Granada, aunque no siempre, ha tenido sultanes sumamente cultos; recuerda a Mohamed el Faquí. Sin embargo, nosotros no somos los dueños de nuestra vida, ¿o no te lo han enseñado en la madraza? Tú te debes a tu destino y a tu pueblo. Y, para tal deber, ningún matrimonio más conveniente que el que te recomiendo, aunque sea quizá poco vistoso. Si no te gusta Moraima —eso era lo que, sin conocimiento de causa, le iba a oponer—, puedes luego hacer lo que te plazca. Ten un hijo con ella; o un par de hijos, mejor. Son dos o tres contactos, nada más: no es pedir demasiado. Más tarde, toma una o dos concubinas: más no es aconsejable. Ni necesario, creo. Para ti, por lo menos; tu padre es otra cosa. Tú, por lo que observo, te inclinas más por el amor udrí, ese que siempre parece hacerse de perfil. Me pregunto si es un puedo y no quiero, o es un quiero y no puedo, y no sé qué será más desgraciado. Yo, ni entiendo de tales conjeturas, ni querría entender —concluyó—. Me alegra que estés de acuerdo con mi propuesta. Enhorabuena.

Dio una palmada para llamar a su servicio, y me señaló la puerta al mismo tiempo. Yo salí, recordando sin querer un hadiz de Bujari. Cuando un fiel le preguntó al Profeta quién merecía, de todos los vivientes, el mejor de los tratos, le contestó: «Tu madre, después tu madre, a continuación tu madre, y ya luego tu padre y los otros miembros de tu familia por orden de proximidad».

Conocí a Moraima en el palacio del Albayzín. La vi cruzar el patio desde la galería superior, el lugar reservado a las muje-

res, donde me había apostado. Vestía de blanco y amarillo. Alguien le debió de advertir que yo estaría espiando, porque, levantando los ojos, me miró. Los bajó a continuación de un modo muy gracioso. Adiviné que sonreía debajo de su velo y, sin saber por qué, me descubrí sonriendo yo también. Era alta y no muy delgada. Se movía con una lenta majestad. Tenía —tiene— más aspecto de reina que yo de rey.

Las bodas se celebraron —con diecisiete años yo, y ella con quince— a finales de 1479. Semanas atrás, Rodrigo Ponce de León, el hijo del conde de Arcos, había conquistado el castillo de Montecorto. Dos días antes, la noche de la Navidad cristiana, mientras los castellanos se hallaban en los cultos de medianoche, los musulmanes de Ronda habían reconquistado aquel castillo. Todo era, por ello y por mi boda, alegría en Granada. Yo iba de blanco y azul. Moraima llevaba una saya y un chal de paño negro bordados en seda azul, y una toca blanca le cubría la cara y los hombros. Cuando dejé de mirar su figura, no pude ya separar mis ojos de los suyos, que me atraían como si fuesen de piedra imán y yo un pequeño hierro. Unos ojos inocentes y pícaros, negros y claros a la vez, igual que dos almendras dulces o amargas; unos ojos absoluta, rigurosa e irresistiblemente sinceros.

Sobre la diadema del trono de la novia habían grabado un poema de Ibn al Yayab:

*A la vista encanta la belleza de esta diadema,  
que parece un tejido de brocado.  
Sobre su trono la novia es como el sol  
brillando en lo más alto de las constelaciones.  
Dos astros se han reunido en este asiento  
y rivalizan sus deslumbrantes resplandores.*

No era cierto que rivalizaran: aquel día, junto a Moraima, cualquiera habría salido perdedor.

Como recién casados asistimos a los festejos populares que regaló mi madre. (Mi padre se mantuvo casi al margen de la boda, a pesar de que su consuegro era el jeque de Loja, señor de la Sagra, alguacil mayor del reino y su mejor lanza. Supongo que intuía que todo era una treta de la sultana, a la que —por las no menos oscuras tretas de su amante Soraya— pretendía destituir). En la segunda tarde concurrimos a una fiesta taurina. Se habían soltado en el coso unos cuantos toros bravos de los que pastan en los cercados de la Vega sólo para tal fin, y después, una muta de perros alanos, bravos también. A los granadinos les encanta ver la línea y el ímpetu de los animales cuando luchan con nobleza y arranque unos con otros. Aguardaban que los toros, cansados ante el acoso de los perros —los cuales, más ágiles, esquivan las embestidas, y se cuelgan de sus orejas como zarcillos—, permitiesen salir a los caballistas, rejón en mano, para terminarlos. Iba a correr mi tío Mohamed Abu Abdalá con otros caballeros, y mi ansiedad por verlo me mantenía en vilo. Pero Moraima no gustaba de un juego tan sangriento y, aunque mi madre se oponía, me rogó que saliéramos del estrado. El que desobedeciera la orden de mi madre me compensó de no ver a mi tío, y me la hizo más deseable aún.

Por las confabulaciones que se despliegan a mi alrededor, y que no pocas veces me involucran, tengo muchas prevenciones contra la mujer. No he entendido bien nunca a quienes afirman que el hombre posee tanto la naturaleza masculina cuanto la femenina, puesto que ambas componen su totalidad, creada a imagen y semejanza de Dios; la mujer, según ellos, es para el hombre como un espejo de sí mismo, que le da a conocer la parte de su esencia que le está oculta (la facultad del ojo consis-

te en ver, pero no puede contemplarse a sí mismo). Y menos aún entiendo la consecuencia de que, al ser el hombre en su primigenia integridad el símbolo más perfecto de Dios, y al encontrarse tal integridad en el complemento femenino, la mujer se transforme para el hombre en el símbolo más perfecto de Dios. Hay quien asegura que ahí reside la médula del amor; pero la verdad es que nada más lejano a nuestro concepto de él que el compañerismo entre hombre y mujer: sus ámbitos son tan divergentes que es imposible conjugarlos. De la mujer es la casa, donde el hombre es un huésped; del hombre es el exterior, donde la mujer no aparece. Oscilamos así entre el harén y la veneración caballeresca —el amor udrí al que mi madre aludió—; en ninguno de los dos extremos existe la mujer: ya por gastada y disponible, ya por ausente. No obstante, de mis lecturas deduzco que el descuido y el menosprecio de la mujer es una secuela de la vida ciudadana, porque en el mundo beduíno, donde aparecen los sexos como los dos polos de una esfera, el hombre admira a la mujer, y ella lo respeta como a su señor. Sin embargo, en ningún caso —ni aun en éste— se produce el acercamiento necesario para la convivencia y lo que ella supone. Lo máximo es un hadiz de Tirmidhi, según el cual el Profeta aconsejó: «Recordaos mutuamente tratar con amabilidad a las mujeres, porque ellas son vuestros depósitos, de los que habréis de rendir cuentas. A menos que sean culpables de una manifiesta mala conducta, no les impongáis vuestra sanción. A las culpables, dejadlas solas en su lecho y castigadlas, aunque no con excesiva severidad; a las obedientes, no las tratéis con dureza. Vosotros tenéis ciertos derechos sobre vuestras mujeres, y ellas sobre vosotros: ellas han de llevar vidas castas, e impedir la entrada en vuestro hogar de las personas que desaprobéis; a cambio, vosotros sois responsables de su subsistencia».

Pero ¿qué representaban para mí tales ideas en mis relaciones con Moraima?

Desde el primer momento ella se me manifestó como es: respetuosa y confiada, pero también respetable y confiable; necesitada de protección, y protectora al tiempo. Obra conmigo como una esposa, pero también como una madre, o una amiga, o una hija, según las circunstancias; goza además del raro privilegio de saber sin error cuándo ha de desempeñar uno u otro cometido. Y, por añadidura, no aspira, como mi madre, a reinar, sino que se halla conforme, orgullosa y humildemente a la vez, con lo que el destino le ha deparado: ser mi mujer. La mujer de alguien como yo soy en realidad, no como ella se hubiese imaginado antes de conocerme que podría ser yo, ni como se imagine que podría llegar mañana a ser por ella.

Antes de estar con Moraima había yo envidiado a los campesinos de sexo grande y contundente, de manos poderosas y anchos hombros, que dominan la tierra a la que aman, y aseguran sin aspavientos la vida de sus hijos. Y había envidiado también a las mujeres de tales campesinos, penetradas por ellos —sin pudor en verano, y casi cubiertas en invierno cuando anochece— una y otra vez; las campesinas que mordisquean los gritos de placer para no distraer ni molestar a quien se lo provoca. Antes de estar con ella, yo era un masturbador, porque el deseo de no sé qué cuerpos me asaltaba de pronto en mitad de un jardín, o en mitad de una lección, como una ola a la que me tenía que abandonar. [La sola presencia de Moraima, sin que mediase siquiera su intención, me transformó desde el principio. Aun antes de que los hechos nos quitaran en parte nuestra hermosa y mutua razón de vida, y en parte nos la fortificaran].

Cuando esto escribo ella está embarazada. Será nuestro primer hijo. A media mañana nos hemos amado de una forma pausada y deliciosa. Hace cuatro meses, en los primeros

encuentros, todo era apresurado y torpe. Moraima permanecía, después de derramarme yo, mirando los almocárabes del techo como si hubiese esperado algo más. Poco a poco, mi satisfacción ha conducido a la suya. Ahora me presento a ella coronado de flores —sólo de flores—, como a una cita en la que podría ser sustituido, pero ella y yo preferimos que no lo sea. Entro en la alcoba como un copero que ha de servir a su joven ama, que lo espera, impaciente y ávida, sobre el lecho. Y la miro despacio, casi extraviado el deseo de tanto desearla. No soy ya hijo de rey; no lo necesito. Ni ella es la esposa de un príncipe, ni de ningún otro hombre de este mundo: es sólo una muchacha que ve a un muchacho semidesnudo, desatacados los nudos del cinturón, acercarse a su lecho. Y yo soy un hombre que besa la boca que en ese instante quiere; que desliza su mano, despojada de anillos, por el cuerpo que anhela, tembloroso de lascivia igual que quien al amanecer se destapa entre sueños; que llega hasta el lugar propicio, entre los largos muslos, y moja sus dedos en el inconfundible testimonio del ansia. Y estoy allí sin obligación que me lo exija. Y el cuerpo junto a mí, o bajo el mío, se entrega y se abre, dulce y maduro lo mismo que una fruta, flexible y dócil, generoso de sí y hambriento de mi cuerpo, emanador de placer y placentero sólo con que se rocen su piel y la mía, bienoliente y no perfumado, como un pan recién cocido dispuesto para saciar un apetito.

A media mañana nos hemos amado con tan solemne lentitud que parecía que cumpliéramos una ceremonia religiosa, y sin duda lo era. He pasado mi lengua perezosa por los rincones de su cuerpo, y cubierto de saliva su ombligo, en el centro de su vientre, que guarece la promesa de nuestro hijo.

—Así de pausadas dicen que se aparean las tortugas.

—Y las serpientes —ha añadido ella, mientras yo trataba de tocar con la mano derecha el cedro de la tarima, tan oculta

por sedas y cojines que he resbalado, entre las carcajadas de Moraima.

—No vuelvas a decir semejante palabra, o te arrastraré al caerme de la cama, y malparirás.

Moraima, montada sobre mí, me ha devuelto todas las caricias. Ha recorrido los misteriosos triángulos de mi cuerpo, excitándose y aniquilándose. Poseído por esa embriaguez, en que se deja de vivir por vivir más, o en que uno deja de ser uno mismo para confundirse con todo lo que goza, con todo lo que vibra, con todo lo que palpita en este mundo, he pensado a ráfagas qué breve y sucedáneo es el deleite de la masturbación comparado con este otro, tan inducido como compartido, donde la crueldad y la generosidad, el egoísmo y la largueza se enredan y confunden.

Debilitada la cabeza por las largas caricias, agitada con los ojos en blanco sobre los almohadones, ignoro por qué me ha venido a las mientes una escena de mi adolescencia. Fue en una de las huertas del Generalife, en la más grande. Tenía entre las manos el libro de un maestro sufí, y veía —como antes y después tantas tardes— ponerse el sol. Era en verano. La humedad, y el ruido de las aguas que vienen y se alejan, y la luz resistiéndose a morir en la cañada que separa la colina de la Alhambra y la del Albayzín, suscitaban una gustosa melancolía. Debajo de mí, que me hallaba sentado y silencioso, apareció por la ladera un muchacho de los que cuidan la huerta. Sin notar mi presencia, se dejó caer en un ribazo lleno de hierba a punto de agostarse. Estaba frente al sol poniente con la cabeza erguida, abiertas las piernas, las manos entre ellas. Y, sin prisa, con la parsimonia de quien obedece una sagrada rúbrica, se levantó la túnica, aflojó sus zaragüelles, y se masturbó como en un íntimo y total sacrificio al sol que se moría. O así lo entendí yo. El corazón me latía con fuerza, no sé si por el deleite al que estaba asistiendo, o por el temor de que el muchacho, conclui-

do su acto, me descubriese. Caído sobre la hierba, se contrajo su rostro en un gesto que podría haber sido de un dolor insufrible, hasta que el crispamiento se suavizó, y se apaciguaron sus labios. El muchacho era tan esbelto, tan rústico y delicado a la vez que, excitado yo mismo, sacrifiqué también al sol, y me derramé sobre la tierra. El libro de amor místico había caído desde mis rodillas, y aquel día ya no leí más.

A Moraima le conté, concluido nuestro rito, la visión que me había asaltado mientras la amaba. Ella me interrogó sobre el pastor.

—No era un pastor, sino un hortelano.

—Es lo mismo...

—No, no es lo mismo. Y además no recuerdo cómo era. Sólo la contracción de su boca y de su frente, como si fuese a gritar, y la mitigación después. Pienso si será eso lo que le sucede a quienes están a punto de morir: los convulsiona la agonía, y la muerte luego suaviza las facciones. Sólo me acuerdo de eso.

—¿Nada más? —preguntó Moraima con malicia.

Yo me eché a reír.

—Recuerdo también algo muy ostensible: su sexo enhiesto y moreno, como los troncos que, según he leído, idolatran algunos africanos.

—¿Enhiesto y moreno? —repitió mientras retiraba el cobertor con el que nos habíamos tapado.

Me besó, riendo, la risa de mi boca, y recomenzamos, era pasado el mediodía, otra morosa tanda de recíprocos tactos.

—Este jazmín —dijo Moraima— no cesa de dar flores.

—Y aun entre una y otra floración —le repliqué—, no le falta el perfume.

Y le besé los pechos.

La comprensión y el afecto que descubrí en Moraima los había buscado siempre; pero los había buscado mal: en mi padre, en mi madre, en mis maestros, en todos aquellos que la vida oficial ponía a mi alcance. Sin embargo, el cariño y el mundo real se alejan de los príncipes; si no fuese por unas cuantas personas, no estaría seguro de haber sido niño alguna vez. Por si algún día Moraima desea leer estos papeles para conocerme mejor, debo escribir en ellos cómo —o más bien, entre qué manos— transcurrió mi infancia. Para Moraima, y también por evocar a quienes estoy agradecido, dejo estampados hoy sus nombres aquí. Hoy, el día más feliz, porque ha nacido mi hijo. Ahmad será su nombre.

Para que tenga la voz fuerte y clara, su madre, que alardea de no ser supersticiosa, le ha restregado la boquita con un antiguo florín de oro; para que tenga gracia —como yo, dice—, le ha puesto un grano de sal entre los labios. Sus nodrizas, para que el pelo le crezca recio, han traído, antes de que el sol terminara de salir, agua de la fuente del camino que se desvía al pie de la Sabica, y le han frotado con ella la cabeza, ante la alarma de la madre, temerosa de que con el masaje no se le cierre bien la fontanela. Para que sea fuerte, yo le he puesto sobre los puñitos la espada de Al Hamar, el Fundador de nuestra Dinastía. Y he mandado venir al imán de la Gran Mezquita y al de la Alhambra —que, por cierto, se odian— para que recen sobre la cuna a fin de que las fuerzas del alma se unan a las del cuerpo, si es que no son las dos la misma cosa.

Quisiera que la infancia de mi hijo fuese más alegre y más acompañada que la mía. Imagino que la niñez es un tesoro del que se nos va desposeyendo poco a poco. Por eso le deseo, y procuraré que encuentre, personas como las que, casi a escondidas, yo encontré. Fueron ellas quienes me acercaron el

mundo y, lo mismo que un puente, me permitieron llegar con suavidad a él. Sin ellas, nada o muy poco habría sabido de la vida verdadera; sólo de las fúnebres ambiciones de los gobernantes y de quienes aspiran a serlo. De ellas aprendí el lenguaje de la sinceridad, el variado y significativo espacio que rodea a cada hombre, el que disfrutaban juntos en la fiesta de la fraternidad, y la palpitación de los sentimientos elementales, que son los más puros, sin el disfraz de la cortesía que los desfigura hasta desarraigarlos. Dentro de mí, continuó dándoles las gracias, y llevo sus rostros grabados en mi corazón. Son los que siguen.

La nodriza Subh.

Sus hijos, incluido el que entonces amamantaba, murieron cuando yo nací. Fue en un ataque que el condestable de Jaén, Miguel Lucas de Iranzo, llevó a sangre y fuego contra Laca-lahorra para vengar su fracaso en el castillo de Arenas. Ella se ocultó, con el niño más pequeño en brazos, entre unas zarzas, no lejos de la casa donde quedaron su marido y sus otros dos hijos. Oía el griterío de los acuchillados, las broncas amenazas y las risotadas de la soldadesca, que se aprestaba a adueñarse de cualquier botín. En manos de un peón vio sus enseres, los humildes aperos de su cocina, las ya inservibles ropas de sus hijos. Rebotó sobre el umbral la cabeza del mayor, y la sangre salpicó el alto zócalo. Subh comprendió que todo había acabado allí para ella. Huyó por el camino de Guadix, cayendo y levantándose, mientras la tropa concluía de arrasar la aldea y de degollar a sus habitantes. Cuando llegó a Guadix, el niño estaba muerto: era en julio y, entre el sudor y el llanto, ella se había secado.

Subh era fuerte, grande y hermosa a su manera. Tenía unas manos maltratadas, pero de trazo fino, como si perteneciesen a un cuerpo diferente. Sus pechos, de los que yo mamé durante años, pues la prefería a las otras nodrizas, estaban siempre llenos. (Pienso que de leche muy sabrosa, porque, según me decía, yo me abrochaba a ellos con una insaciable avidez). No odiaba a nadie: ni al condestable Iranzo, ni a mi padre (que era quien había roto la tregua por abril con la batalla del Madroño, cerca de Estepa, contra el alcaide de Osuna, soliviantando la frontera. No odiaba nada, sino la guerra sólo).

—Dios no es bueno —decía—, puesto que yo lo temo.

Era devota y cumplidora de la ley, también a su manera. Rezaba con fervor y, cuando se postraba, lo único que pedía era que no hubiese guerras. (Supongo que eso era precisamente lo que Dios no estaba dispuesto a concederle). Con el tiempo comenzó a salirle un ligero bigote que, cuando me besaba, me pinchaba un poquito y, como lo hacía casi de continuo, me irritaba la piel. Yo la veía muy vieja, pero no lo era: los niños se equivocan al calcular las medidas de los objetos, de las habitaciones, del porvenir que los aguarda, de la edad; quizá del cariño, no.

Subh justificó su vida con la mía. Me hacía, con sus manos enormes, extraños sortilegios para preservarme de todo mal, y musitaba oraciones inaudibles con los ojos en alto. No confiando en la bondad de Dios, debía precavernos a los dos hasta de Él. Era una criatura misericordiosa, que se encontraba sola y acorralada en la mitad del mundo, como si cualquier conflagración, que jamás llegaría a comprender, se dirigiese contra ella y contra mí. Me colgaba una gran variedad de amuletos, de azoras que le proporcionaban los hechiceros del zoco, y de hierbas benéficas. Cuando mi madre iba a verme —lo que no era a menudo— procuraba quitármelos; pero se descuidaba en ocasiones, y mi madre armaba grandes alborotos quejándo-

se de la incultura del bajo pueblo. (Imagino que tampoco creía que me perjudicaran; en el fondo, descansaba en el afecto, ciego y arrebatado, de la nodriza Subh).

—Mi leche llegará a ser sultana —repetía mientras me comía a besos, pues era una de las escasas servidoras que me anteponía a mi hermano Yusuf—. Tú me recuerdas a todos mis hijitos juntos. Eres un espejito donde los tres se reflejan. De Alí tienes la cara redonda y asustadiza; de Mohamed, los ojos tiernos; de Malik, ay, mi Malik, al que no alcancé a ver andar, de Malik tienes la boca mamoncilla y redonda... Vas a vivir la vida más bonita del mundo. Las mujeres se van a volver locas por tus huesecitos y por otras cositas que no puedo decirte. Los hombres te van a obedecer tanto que sólo les vas a ver la espalda, porque siempre estarán boca abajo ante ti.

En tanto me recitaba la buenaventura, me prendía de aquí y de allí sus ineficaces y no siempre limpios amuletos.

—No los pierdas. Si los pierdes, se volverán antes o después en contra tuya. Tú, de cuando en cuando, en medio de las lecciones o de los juegos, tócalos para asegurarte de que los tienes todavía. Y que no te los vean, porque te los quitarán. Tienes muchos enemigos, niño mío, pero tú no hagas caso: saldrás triunfante de ellos. Porque a Dios le conviene; Él te va a utilizar. Yo se lo pido a todas horas: que tú seas el que acabe con la guerra; y sé que me lo va a conceder. A ti te quiere mucho más que a mí: ¿es que no lo notas? ¿No hueles tú a rosas, vida mía? Es el olor de rosas que te sale del cuerpo la prueba de que tú acabarás de una vez con las guerras.

Lo que más me unía a ella es que, al no fiarse de los mayores, ni poder expresar ante ellos sus creencias ni sus intimidadas, me hablaba a mí, en quien sí confiaba, como si fuese mayor y la entendiera. Y, quién sabe de qué modo, sí la entendía, porque aún hoy recuerdo en gran parte sus confidencias, que supongo que desgranaba en mi oído como si hablara sola. Mezclaba unas con otras. Me contaba los chismes del serrallo:

las tiranteces de las concubinas de mi padre con los eunucos y con los que, aparentándolo, no lo eran del todo; sus pavorosas peleas de palabra y de obra; cuáles de ellas mantenían entre sí profundas y ruidosas relaciones de amor... No las quería, pero respetaba a las esclavas madres (princesas madres no había, porque mi madre no lo hubiera consentido); quizá era la maternidad lo único del mundo que aún la emocionaba y la ganaba. Y a todas las esclavas madres las atendía dentro de sus límites; menos a Soraya, por la que sentía un especial despego.

—Tiene dos hijos [luego tuvo otro más] muy guapos; pero me escama su perpetua sonrisa. Una esclava digna no tiene ningún motivo para sonreír, a no ser que prepare una jugada sucia.

Aparte de la maternidad, la apasionaba el tema de los cuernos. «Los cuernos son la moneda más corriente en la Alhambra. Todo el mundo los pone, todo el mundo los lleva; con ellos se compra casi todo, y de ellos come la mayoría». Para dormirme, me cantaba coplas alusivas:

*El cuerno de Al Hawzani creció tanto  
que ya no lo deja ni embestir;  
cuando enrojece el cielo por las tardes  
es que él le ha dado una cornada.*

O esta otra, cuyo sentido yo no alcanzaba bien:

*Le dijeron a Hasán que su mujer  
era la mujer de todo el pueblo.  
«Calumnias —contestó—, no me lo creeré  
hasta que vea la espada dentro de la vaina».*

Y antes de terminar la copla con la que pretendía adormecerme, ya comenzaba a soltar una carcajada que me des-

pabilaba. Sus carcajadas le salían del ombligo, y se le reparían por el cuerpo entero con una resonancia de cántaro vaciándose.

—Un mediodía vino una vecina, niñito mío, allá en Laca-lahorra, cuando todavía no había sucedido nada de lo que iba a suceder y yo creía en Dios, y me dijo: «A tu marido lo traen uncido a un carro. Por la calle abajo viene; no cabrá por la puerta». «Ay, gran puta —le respondí—, esta mañana mi marido no quería salir al campo a trabajar porque, cada vez que ve los cuernos del tuyo, se caga en los calzones».

Recitaba ensalmos, tomaba bebedizos y manejaba aliños para conseguir unos novios, que luego despreciaba sin probarlos. Le divertía la conquista, pero no aprovecharla. «Soy como la batalla de la Higuera». Ponía los ojos en algún sirviente, dejaba caer aleteando los párpados, se atusaba el pelo bajo la capucha, se sacudía bien la ropa, murmuraba dos o tres jaculatorias, sobaba de pasada sus propios talismanes, y se lanzaba al abordaje.

—Ése me va a seguir hasta la muerte. No resollará más que a mi alrededor. Hasta que no le corte yo los lazos, no querrá ver a nadie más que a mí.

A los dos o tres días, me decía:

—He tenido que cortarle yo los lazos, porque se ha puesto insoportable: ni a sol ni a sombra me dejaba. Los hombres son lo mismo que las moscas. Peor: a ellos no hay mosqueador que los espante.

A veces yo no comprendía alguno de sus comentarios, y le pedía que me lo aclarara con una pregunta y otra y otra.

—Eres tonto, Boabdil. Mentira parece que me hayas mamado tanta leche y que con ella no hayas aprendido nada. Tontito de remate —repetía.

Una tarde —no sé por qué recuerdo ésa y no otras— me bañaba en una pila con agua muy caliente.